

CAPITULO IV.

De el perfectissimo modo con que el Siervo de Dios practicò las Virtudes Cardinales, y Morales. Trátase de su humildad, y paciencia, y se refieren algunos admirables successos.

LA Prudencia, à cuya luz deben su beldad las demás virtudes, resplandeció con tan eminente modo en este Varon admirable, que por antonomasia se puede llamar el Prudente. Assi lo demostrò el acerrado regimen de sus acciones propias, y la recta direccion de las ajenas, con que gobernò su espíritu, unido siempre al Sumo Bien, desviando los precipicios, para no tropezar en los riesgos; y alumbrò con discrecion à los proximos, para que en los passos peligrosos evitassen los escollos. Conservò en su memoria los successos passados, previno casos futuros, conjeturò lances posibles, discernió tiempos, logió ocasiones; y disponiendo lo presente con providencia, atendió con cautela à lo distante. Fue su modestia sin afectacion, su humildad sin hazañeria, su gravedad sin altivez, su devocion sin hipocresia, y su religiosa llaneza sin refabio alguno de relaxacion. Tuvo gran docilidad en aconsejarse de otros, especialmente de sus Prelados, y Confesores; y por lo mismo, fuè siempre discretissimo en la austeridad, penitencia, mortificacion, y otras emprezas de monta: Nivelando hasta las mas minimas, por el dictamen ageno, para distinguir mas seguramente lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo, y lo provechoso de lo nocivo. Lo adornò el Cielo de quantas partes componen à esta prenda de la naturaleza: De inteligencia, circunspeccion, cautela, experiencia, providencia, y agudeza; con cuyos Dones consiguió su industria continuos aciertos en los negocios que se le ofrecieron en los Claustros, en los Pueblos, en las Ciudades, con los plebeyos, con los nobles, y con los Principes. Quan-

Quando la arduidad del assumpto se escondía de su comprehension, consultaba en la Oracion à Dios, se valía de las oraciones de otras Personas, y solia usar de fuertes licitas: Y si con estas diligencias aun perseveraba dudoso, pedía dictamen à los que hacia juicio que podian instruirlo; con cuyos suplementos de luz, passaba con la seguridad del consejo à la practica de la obra. Suplicò en una ocasion la Real Audiencia de Guatemala al M. R. P. Comissario General, que embiàsse al V. P. à aquella Ciudad, y Reyno, para que apagasen algunos pleytos, y discordias; persuadidos por las experiencias que tenian de su conducta, à que solo el Siervo de Dios los podía fosegar. Hallabàsse por este tiempo el P. Fr. Antonio en las Conversiones de los Adaises, en distancia como de mil leguas: Y considerando el prudentissimo Prelado lo abanzado de su edad, lo quebrantado de su salud, y la notable falta que haría en aquellas nuevas Misiones, tuvo por bien escribirle, que consultàsse al Señor en la Oracion, y executàsse lo que le pareciesse mas conveniente. Luego que el V. Varon recibió la carta, y se hizo capaz de su contexto, acudió qual otro Samuel à los oídos de Dios, refiriendole su duda, y perplexidad, para no faltar à la obediencia en la mas minima circunstancia, y para no manifestar en un apice la necesidad de su Persona en una parte, ni en otra, con agravio de la humildad. Por fin, lo que hizo fuè remitir la carta al R. P. Guardian, y Discretos del Colegio de Zacatecas, rogandoles, que atendido el caso con madurez, resolviessen lo que juzgassen mas conveniente: Y que si tenian por mas acertado el que perseveràsse en aquella nueva Conquista, lo escusàssen con el Superior, à quien escribía juntamente, dandole cuenta de esta determinacion, y de la confusion en que se hallaba. Hicieronlo assi los Discretos, y Guardian, juzgando por mas seguro, el que perseveràsse en la reduccion de los Barbaros, exponiendo al Prelado las razones, con que quedó satisfecho, y avisando al V. P. su parecer, que venerandolo por

mandato, añadió el laurel de la obediencia à su humildad, y coronó con duplicado triunfo su prudencia.

Fuè singular en el Don de consejo, con que dirigió innumerables almas, no solo en los Confessionarios, sino tambien por cartas, que le quitaban el tiempo para el descanso, para dar à otros alivio. A este fin era solicitado de todos en los Claustros, en los Templos, en los caminos, en todas partes, y à todas horas. Teniendose por dichoso el que para sus empreſas conseguía comunicar sus dudas con un Sugero tan expectable. Sobre este punto podría hacer muchos Capítulos, sin más trabajo, que epilogar sus respuestas. Pero si por la uña se conoce el Leon, y por el dedo el Gigante, baste por muchas la que dió à cierto Presidente de una de estas Reales Audiencias, en ocasion que le consultó si le sería lícito poner un juego para utilizar algunas cantidades, con el fin de dar estado à sus hijos. Este fuè el principal assumpto de la consulta, y la respuesta del Siervo de Dios, fuè la siguiente: *Lo mismo será poner V. S. juega, que poner fuego, con que Dios nuestro Señor quemé, y abraſé à V. S. y à todas sus cosas. Si à V. S. le denunciáſſen un famoso Ladron, no debería, como bien fuere, perseguirlo, aprisionarlo, seguirle la causa, y ponerlo en la horca. Pues pregunte V. S. à los Jueces, quien les ha quitado el caudal, y verá como unos le dicen, que el juego les quitó el Patrimonio; otros le dirán, que les quitó la tienda; otros, que les quitó el capote; y otros, que les quitó la camisa. ¿à este Ladron quiere V. S. amparar? No hará quanto pudiere para ponerlo en la carcel, y aborcarlo? Fuera de esto, quantos juramentos, maldiciones, blasfemias, y otras ofensas de Dios, no se cometen en el juego, como Sina-goga, que es del Diabolo? ¿Se que nos hemos de ver en el Tribunal de Dios, y para que V. S. alli no me acuse, le hablo aqui con esta entereza.*

De la virtud de la Justicia, que es la que sirve más à la Charidad de Dios, y del proximo, fuè siempre una animada

mada ley, y viva practica en todos sus generos, y especies. Irrefragable prueba son de esta verdad, aquel ardiente zelo del bien comun, con que mas era de todos, que de si mismo: Aquella vigilancia para que se observáſſen nuestra Serafica Regla, Constituciones, y Bulas, con la puntualidad mas exacta: Aquella ciega obediencia con que veneraba à los Superiores, y la igualdad con que miraba à los Subditos: Aquella sencilla ingenuidad con que corregía los defectos, sin passion, y premiaba los meritos con equidad. Y por fin, fuè en esta vida uno de aquellos à quienes alcanzó la bienaventuranza de tener siempre hambre, y sed de Justicia, procurandola para si, y para los demás, con oraciones, lagrimas, consejos, Sermones, aplicacion al Confessionario, empreſas peligrosas, y mortificaciones asperas, segun veremos despues. La gratitud, efecto de la Justicia, tuvo tan especial lugar en su corazon, que à mas de dar à sus Bienhechores las debidas gracias por los beneficios mas minimos, se constituía deudor por nuevo título, para negociarles multiplicadas remuneraciones del Cielo.

En la Fortaleza, que es virtud acompañada de la magnanimidad, para las acciones heroicas de la tolerancia, para sufrir las adversidades, y de la paz del corazon, para que ni los cuidados causen zozobras, ni las dilaciones enfados, ni los peligros temores, fuè en todo tan excelente, que no se rindió à montes de impossibles, permaneciendo en sus buenos propositos, hasta coronarse triunfante. En varias ocasiones se armó todo el Infierno para derribarle con los alicativos de la carne, y con las falacias del Mundo; pero nunca retrocedió de aquel admirable orden de vida, con que desde sus primeros años hizo pacto con su Magelad, que primero lo arrojasse en cuerpo, y alma à las infernales llamas, que permitiesse el que lo ofendiesse gravemente. Nunca fuè su fervor relampago fugitivo, ni centella que se desvanecce, ni Astro có mudanzas: Ni fueron sus tantas determinaciones Planeta con detrimentos, Luna con menguantes, ni Sol con eclipses. Aviendo entrado con Es-

colta de Soldados à reducir unos Indios Infieles en el Reyno de Guatemala, halló en ellos mucha resistencia, por sugestiones del Barbaro Capitan que los gobernaba. En esta atencion, despues de muchas persuasiones con que procuraba cathequizarlos, enardecido en zelo de la honra de Dios, se afrontó con el Gentil Caudillo, diciendole tales razones, que lo dexó lleno de terror, y espanto. *Padre, qué hà hecho?* (exclamaron los Soldados) discurrendo que al punto se amotinarian los Gentiles, y les quitarian la vida. Más no fuè assi, y premiando el Señor la invencible fortaleza de su Siervo, se humilló el Capitan, besó la mano al bendito Padre, se rindió al yugo de la Fé, y con él se reduxo toda su gente al gremio de la Santa Iglesia. En otra ocasion cogió de las barbas à un Indio yà Christiano de venerable aspecto, à quien su Cura tenia por Santo, y meciendole con suavidad, se bolteó para el Parrocho, diciendole en alta voz: *Este Santo? El mayor perro, que tiene todo el Reyno de Guatemala.* Postróse luego el Indio à sus pies, diciendo con muchos suspiros: *Ya llegó el tiempo,* descubriendo sin dilacion, ser el Fautor de varias hechizerías, que avian ocasionado muchos perjuicios en la Jurisdiccion, y sus continentes.

En la virtud de la Templanza, que refrena los movimientos interiores del animo, y las acciones exteriores del cuerpo, dió en todo pruebas muy eficaces de ser un Varon especialmente adornado de la honestidad, y modestia, de pureza, y castidad, de recato, y pudicia, de sobriedad, y abstinencia, que son los elementos, que la componen. Assi lo manifestó en la mortificacion de sus potencias, y sentidos, en la pobreza, y desnudez de Abito, en la suavidad de sus medidas palabras, en sus passos graves, y compuestos, y en sus ayunos continuos, y rigorosos. Tuvo desde sus primeros años el amor proprio por declarado enemigo, siendo una de sus más provechosas maximas, oponerse con teson à sus sutiles saetas, no fiandose (segun decia, y aconsejaba) del mayor Demonio,

lla-

llamado Don yo; y por lo mismo nunca hallaron domicilio en su corazon, ni la alabanza, ni la altivez, ni la ambicion, ni el aplauso, como verdadero humilde.

En esta virtud de la Humildad fuè singularissimo, reputandose por indigno de qualquier beneficio de la gracia, y aun del mas minimo socorro de las causas naturales. Siempre encubrió las valentias de su espiritu con las cenizas de la nada, que fuè la mas robusta peaña, en que colocó la estatua de su desprecio. El mayor blason con que autorizaba sus cartas, fuè anteponer la nada à su nombre, firmando: *La misma nada, Fr. Antonio Margil de Jesus.* Fuè aplaudido dentro, y fuera del Claustro, por uno de aquellos Varones Grandes, que suele Dios embiar al Mundo, para reparar sus ruinas, pero nunca lo derribó el uracan de la vanagloria, que ha dado al traste con tantos cedros: Porque siempre se tuvo por un Jumento, por un Borrico, y aun en menos que un mosquito. En algunos respectivos lances, no prevenidos tal vez, en que su profunda humildad huvo de porfiar con ingeniosas maximas para no quedar vencida de otros humilidissimos Sugetos, especialmente, en un amigable encuentro que se le ofreció con el V. P. Felipense D. Pedro de Sofa, y otro con el V. P. Juan Zeron, Jesuita, siempre quedó la del P. Fr. Antonio triunfante. En una ocasion, que cierto Prelado de Guatemala le respondió con aspereza à una propuesta que le hizo el Siervo de Dios, instado de algunas Personas, que la calificaron por decorosa à su Colegio, se levantó al punto del asiento, procuró besarle la mano, y le dió las gracias con reverentes expresiones, porque lo avia desengañado: Rogandole que lo hiciesse assi en adelante.

Predicando en cierta Iglesia del Obispado de Nicaragua, le interrumpió su Cura el Sermon desde el Presbyterio, mandandole que baxasse del Palpito, llenandolo de desprecios. Obedeció sin abrir los labios à vista de todo el concurso, y arrojandose à los pies del ignorante, y altivo Parrocho, se los

besó

besó con gran respeto, agradeciéndole que alumbráse su ignorancia, y que humilláse su soberbia. Venía entonces el Siervo de Dios de la Talamanca para Guatemala, y encontrando al Señor Obispo, que venía desde Leon para Granada, le preguntó por su destino, lleno de confusión, viendolo caminar á pie, y descalzo por aquella ardiente, y quebrada tierra. A este tiempo fué llegando el Cura, que hacía muy poco lo avia hecho bajar del Pulpito, y desde el instante que lo divisó Fr. Antonio, interrumpió la razon de su derrota, que estaba dando en medio del camino al Ilmo. Prelado, diciendole con mucho jubilo: *Perdoneme V. Ilmo. que no puedo dexar de saludar quanto antes á este Padre, que es mi amo, y mi Señor, y le debo lo que no acertaré á agradecer.* Y diciendo esto se fué presuroso para él, y le besó los pies, y las manos, con estrañas demostraciones de cariño, pagandole por segunda vez los passados improperios en aquella autorizada publicidad, á precio de beneficios grandes. Del mismo modo, y con igual humildad, se portó con otro Cura, que al verlo entrar en su Curato con mucha gente, que lo acompañaba cantando, y rezando, dixo al concurso con voz desentonada: *A caso aveis salido á recibir á este Padre porque lo teneis por Santo? Los Santos son Santo Domingo, y San Francisco, que este es un hypocrita, que engaña al Mundo.* Pero como el humildissimo Varon estaba tan versado en la christiana Filosofia de la humildad, estas injurias, y contradicciones le servian para mayor lustre, y para multiplicar los triunfos. Por manera, que por la plana, ó nivel de su humildad profundissima, llegó á tanta eminencia el mystico edificio de sus virtudes, que segun le manifestó el Señor á la V. Doña Anna Guerra, mas es assumpto de admiracion, que de poder explicarse.

Estos, y otros successos, que omito por casi identicos, son el mas abonado testimonio de su invicta paciencia, cuya heroicidad queda plenamente demostrada en la relacion de su trabajosa vida. Nunca se indignó con criatura alguna, ni le pa-

parecieron graves los mas insuperables trabajos, ni se contristó por innopinadas contingencias, ni se escandalizó por el mal proceder del proximo, ni mostrò ademanes afeminados de flaqueza. Hallandose en la Ciudad de Guadalupe empuñado en pacificar ciertas ruidosas disensiones, fué á visitarle uno de los Sugetos del primer carácter, diciendole, que estaba escandalizado de lo que estaba sucediendo en aquella perturbada Ciudad. Oyóle muy circunspecto el Siervo de Dios, y le respondió muy al intento de este modo: *No pierda V. S. la paciencia, ni la paz del corazon, y verá como no se escandaliza.* Acuerdese de lo que dice David: *Pax multa diligentibus legem tuam, & non est illis scandalum.* Aviendo tenido noticia, que una mal disciplinada Persona le avia levantado un feo testimonio, respondió con mucha serenidad: *Sea por amor de Dios. Su Magestad, que le ha dado licencia para decirlo, la perdone por su infinita misericordia.* Gloriabáse, á imitacion del Apostol, en todo linage de tribulaciones, assi exteriores, ó nacidas inmediatamente de las causas segundas, como interiores, ó derivadas de los retiros, y desamparos de Dios. Pero como la tribulacion ocasiona la paciencia, la paciencia hace prueba de la virtud, esta prueba dá alientos á la esperanza, y la esperanza animada de la charidad, nunca queda confundida, ó defraudada; quanto mayor era la tribulacion, tanto mas se dilatava su corazon magnanimo: Y en vez de romper en palabras, ó voces, para la quexa, daba á Dios gracias, y bendiciones, enriqueciendose continuamente de meritos.

